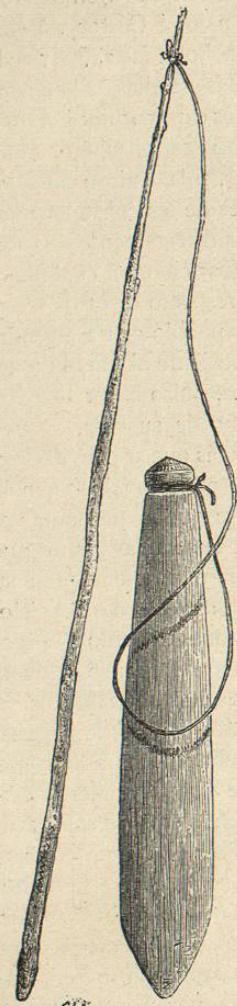


lince, que entonces tenía la forma de una hermosa mujer á quien una hermana menor llevó el palo sepulcral. Su esposo ocultó al hijo debajo de unas hojas secas de una raíz comestible con la esperanza de que podría volver á encontrarlo, pero antes que él llegaron otros animales, pretendiendo cada uno de ellos ser su madre; el niño, sin embargo, se burló de todos, reconociendo por fin á su madre verdadera. Entre los burlados, había el chacal y la hiena, los cuales, por medio de arroz bosquimán hechizado, transformaron á



Talismán de madera para la lluvia: sirve también para hacer ruido en la caza de ojeo (Museo Etnográfico, Berlín)

la madre, es decir al linco, en una leona, después de lo cual la hiena ocupó su lugar, pero fué descubierta por el corazón de crepúsculo, que la hirió con la lanza: al huir, la hiena se quemó un pie, y de aquí su cojera. La hechizada madre fué atraída por su joven hermana fuera del cañaveral y cogida por sus hermanos le arrancaron la piel del león y la volvieron á su primitivo estado de mujer. Y como había sido hechizada con «arroz bosquimán», no pudo comer más de éste, sino que fué convertida en linco que come carne. Entre estas historias se mezclan monólogos y diálogos sostenidos por hienas, leones y chacales, así como también cortas historietas de animales ó fábulas, una de las cuales merece ser consignada. El hormiguero ó mirmecófago pregunta á todas las madres que se encuentran en un rebaño de gacelas, si sus hijos son hembras: todas le aseguran que sólo tienen chivatos, menos una que es bastante tonta para decirle la verdad. El hormiguero ofrece á ésta su comida y guarda en tanto el pequeñuelo; pero mientras come huye con éste á su caverna, y dice á la madre que se lamenta que se quite de delante. Habiendo sido ésta reñida por los machos cabríos por haber perdido á su hija, envía para recuperarla al linco, el cual desempeña su cometido, y coge al hormiguero en la cuerda de su arco como en un lazo. Éste, sin embargo, logra escapar, y dirige al linco y á otros animales un largo discurso acerca de los pastos que á cada animal corresponden y sobre la necesidad de que sus uniones sean convenientes. Otros discursos análogos se repiten acerca de las costumbres y usos de algunos otros animales, diciéndose, entre otras cosas, que el chacal, el perro hiena y otros habían sido antiguamente hombres, que las plumas desprendidas del avestruz se convierten en avestruces humanos, etc. Esto último es comparado con la reaparición de la luna, y se dice expresamente que todas las demás cosas perecen, pero que la luna y el avestruz humano resucitan. Con mucha frecuencia se habla del «pueblo anterior» que precedió á los bosquimanos. Los hombres, por la fuerza de la mirada de algunas muchachas, son convertidos en árboles y en otros objetos, las muchachas en

ranas y los karosses en gacelas, etc. Por último, entre estas historias hay diseminadas algunas pequeñas poesías, de las cuales pueden citarse las oraciones al sol, á la luna y á las estrellas. No hay necesidad de decir que algunas historias de animales verdaderas ó verosímiles ocupan un lugar importante en el tesoro de narraciones de las cuales sacan los bosquimanos la mayor parte de sus interminables charlatanerías. En estas historias, en las cuales entra por mucho la fantasía, el león desempeña el principal papel y la hiena y el chacal el segundo. Hé aquí un ejemplo característico: una horda de bosquimanos que abandonó su país para escapar del hambre, dejó abandonada en él á una anciana, cuyo estado de debilidad le impedía ponerse en marcha; una hiena la encontró y la llevó á una montaña, pero la mujer mató á la fiera, la coció en un viejo cacharro y comió de ella, con lo cual se puso tan fuerte que pudo seguir á su pueblo, y en excelente disposición lo alcanzó, cuando éste todavía sentía los rigores del hambre.

La vida dramática y la eficacia de estas narraciones aumentan considerablemente, gracias á que, por regla general, en las historias animales de los bosquimanos hablan aquéllos el idioma bosquimán de una manera particular á cada especie de ellos, con lo cual el narrador procura dar á su boca la forma característica del animal correspondiente, produciéndose entonces muchos más castañeteos de los que generalmente se usan, hecho que, en sentir de Bleek, demuestra que antiguamente existían entre los bosquimanos más de los cinco sonidos castañeteados que según hemos visto existen al presente.

Es notable la explicación que de los mitos bosquimanos hace un bosquimán (1), que no había sostenido anteriormente relaciones pacíficas con los europeos, explicación que fué motivada por la frecuencia con que aparecen dibujos en las rocas de las montañas Malesi. «Comencé por preguntarle, —dice Orpen, — qué significaban los dibujos de hombres con cabeza de corzo, y me contestó: — Son hombres que han muerto y que ahora viven en los ríos, y que se corrompieron, á causa de la danza, en la misma época que los alces cuyos retratos habéis visto.» Pregunté entonces cómo y cuándo los alces se habían corrompido, y él comenzó á explicarse usando la palabra Cage y diciendo: «Cage creó todas las cosas y nosotros rogamos á él.» Le pregunté si Cage era bueno ó malo, y me respondió que en un principio era muy bueno, pero que luego se había ido volviendo cada vez más malo, á causa de las muchas luchas que había tenido que sostener. «¿Y cómo rezáis á él?» le pregunté, y la contestación fueron las siguientes palabras dichas en voz baja y en tono de súplica: «¡Oh, Cage! ¡oh, Cage! ¿No somos tus hijos? ¿No ves nuestra hambre? Danos qué comer,» y luego nos dió sus dos manos. ¿Dónde está Cage? preguntéle, y me dijo: «No lo sabemos, pero lo saben los alces. ¿No has cazado nunca y oído su gritería, cuando los alces corren de improviso de un lado á otro para seguir su llamamiento? Allí donde está él, allí están los alces en rebaños como el ganado.» Habló también de Coti, la mujer de Cage, y dijo que Cage era el primer ser. Cuando le pregunté de dónde había salido Coti, me contestó: «No lo sé, quizás vino con los que trajeron el sol, pero me estás preguntando secretos acerca de los cuales no podemos hablar.» Preguntéle si conocía los secretos, y me respondió: «No, únicamente los conocen los hombres iniciados en aquella danza.» El aficionado á las tradiciones bosquimanas encontrará en el citado apéndice otra porción

(1) Según relación de J. M. Orpen inserta en *Cape Monthly*, 1874, tomo IX.

de leyendas, que en parte vienen á enriquecer considerablemente las referidas por Bleek. A nosotros sólo nos es dado decir algo acerca de Cage y de los alces corrompidos: Coti, la mujer de Cage, dió á luz un alce que Cage no conocía aún. Éste le preguntó: «¿Eres este animal? ¿eres aquel animal?» pero el alce permanecía callado, hasta que le preguntó: «¿Eres el alce?» á lo cual contestó: «¡Aaaa!» Cage quiso dejarlo, para que creciera tranquilamente, en el lugar en que, para bien de los hombres, creó todos los demás animales y también las trampas, las armas y el viento. Pero sus hijos encontraron el alce, le dieron caza y lo mataron. Cage se incomodó mucho por ello, y con la sangre del joven animal hizo serpientes, luego búfalos y por último alces: de éstos mató algunos y dió su carne á los hombres, que con ella se corrompieron y volvieron salvajes. De esta



Caudillo korana (de una fotografía que posee el director de las Misiones, Sr. Wangemann, en Berlín)

suerte quedaron corrompidos los alces y los hombres. Bleek ha hecho notar en algunas observaciones, que el nombre de Cage no significa otra cosa que el Kaggen de los bosquimanos occidentales, es decir la langosta, que tan importante papel desempeña en las leyendas bosquimanas por él recopiladas.

Digamos, para terminar, algunas palabras acerca de la difusión geográfica de los bosquimanos. Mientras que ninguna de las tribus de los hotentotes propiamente dicha se extiende más allá del 19° de latitud Sud, los más esenciales de sus caracteres antropológicos y lingüísticos avanzan un buen espacio más hacia el Norte y aparecen en el pueblo mismo de los bosquimanos. Estos se reparten con los hotentotes el Sudoeste de África, y habitan la colonia del Cabo desde las fronteras cafres del Sudeste hasta poco menos que las costas del Noroeste. Acorralados en las montañas y en los desiertos, viven fraccionados y llevan una vida miserable, comparada con la de los hotentotes. Conforme á su existencia errante, vagan en pequeños grupos, y sólo en unas pocas comarcas se reúnen en número considerable, principalmente en el país bosquimán que está situado al Noroeste de la colonia enfrente del Orange. A principios de este siglo, los bosquimanos habitaban más hacia el Norte del bajo Bokkeveld, pero en tiempo de Lichtenstein se dirigieron al Este, en donde hostilizaron á los habitantes de Roggeveld, quedando allí solamente algunas pequeñas hordas que sólo se mantenían tranquilas mediante un presente

ó tributo anual que les entregaban puntualmente los habitantes de la colonia y que consistía en ovejas y cabras. Este pueblo, sea por aversión innata, sea por la resistencia de los boers, no ha tenido nunca residencias fijas, de suerte que sólo se encuentra alguna colonia bosquimana en la falda de la montaña Storm, en donde vive juntamente con algunos fingús y hotentotes. Ocupan también la residencia de los namaquias á ambos lados del Aub, en donde, gracias á su fraccionamiento y á la vida errante que llevan en los territorios más desiertos y más montañosos, logran evadir la opresión general. Asimismo habitan en Kalahari, en donde dominan solos, pues son en muy corto número los kalaharis y otros betschuanes por allí diseminados. Pero, además, avanzan hacia el Norte, de suerte que los encontramos en los owambos que habitan hasta el Cunene, en una situación que oscila entre la servidumbre y la libertad, y los vemos también en los pueblos que viven alrededor del lago Ngami, habitando ellos en completa independencia el Oeste y el Noroeste del lago. Anderson los ha encontrado también, en estado de servidumbre, en los bayeyes y betschuanes, á cinco jornadas al Norte del referido lago: Livingstone los ha visto más al Este del mismo. Esto hace que sus fronteras y con ellas la difusión compacta de los pueblos amarillos del Sud de África lleguen hasta el 17° de latitud Norte.

CAPÍTULO IV

LOS HOTENTOTES (I)

«No ha de tolerarse por más tiempo que los koi-koins sean contados en el número de las razas más inferiores.» — L'ESCHEL.

Caracteres corporales: Color de la piel. Estructura de la piel. Afilamiento de los cabellos. Esqueleto. Forma del cráneo. — Vestido y adornos: Kaross. Pintura y untura de la piel — Utensilios y armas: Enseres domésticos. Armas. Manera de comulatr. Caza. Superstición cinegética. — Chozas y aldeas: Construcción de chozas. Krales para el ganado. Aldeas. Transición del nomadismo á la vida sedentaria. — Ganadería y agricultura: Animales domésticos. Cuidado de los bueyes. Modo de matarlos. Agricultura. — Alimentación: Alimentos animales y vegetales. — Placeres: el tabaco, la dacha, el aguardiente. — Industria: Cueros, e-teras, utensilios de arcilla, elaboraciones de hierro. — Artes: Instrumentos músicos. Gom-gom. Aptitud para la música. — Curso de la vida de los hotentotes: Nacimiento. Asignación de nombre. Educación. Circuncisión. Matrimonio. Enterramientos. — Ideas religiosas: Creencia en espíritus. Adoración de la luna. Huellas de una creencia en Dios. Leyendas hotentotes. Heitsi-Eibib y Tsui-Goal. — Organización política: poca consistencia de la organización política. El caudillo y los ancianos. — Hospitalidad. Castigo del asesinato. La familia de los Africanos. — Apéndice: La tribu bastarda de los griquias.

Los caracteres antropológicos de los hotentotes son principalmente: el color amarillo-gris de la piel, el cabello crespo y afiltrado, la forma larga y apretada del cráneo, con una frente estrecha, pómulos salientes y hueso nasal poco desarrollado, y la tendencia á la gordura de la región anal. Estos caracteres, prescindiendo del cabello, no son los mismos por los cuales reconocemos á los negros, es decir los de la «raza africana», sino que, por el contrario, el color amarillo ó moreno amarillo de la piel, la anchura del rostro

(1) Es casi indudable que el nombre de hotentotes, que hace 200 años está generalizado entre los europeos, lo aplicaron los holandeses á los koi-koins á causa de su extravagante lenguaje que recuerda la tartamudez, ó de su supuesta estupidez, ó, como otros pretenden, del pataleo de sus interminables danzas nocturnas. Solo por vía de curiosidad debemos decir que algunos sabios han creído encontrar en aquella denominación una raíz árabe (— utherland). El nombre koi-koin, es decir hombre, que los hotentotes se dan á sí mismos, se ha aplicado recientemente á la totalidad de sud-africanos de color claro y ha perdido por ende su carácter concreto, por cuya razón preferimos atenernos á los antiguos nombres de bosquimanos y hotentotes.

y los pómulos salientes parecen más bien á primera vista confirmar la comparación que algunos viajeros han hecho entre los hotentotes y los mogoles. Para muchos es exacto lo que dice T. Hahn hablando de los namaquias: «Su aspecto tiene algo de mogol del Asia central;» pero esto sólo puede tomarse muy en general, y sobre todo como contraste con los negros que tanto se diferencian de todos los pueblos de una raza más blanca ó más amarilla. Esta semejanza con los asiáticos no aparece al estudiar atentamente la forma del cuerpo y los detalles del rostro, debiendo hacer constar especialmente en este lugar que la supuesta posición oblicua de los ojos — que hizo hablar á Sparrman de «hotentotes chinos,» á Barrow de una «sorprendente semejanza entre hotentotes y chinos,» y á Prichard de una «semejanza entre los hotentotes y los kalmukos,» — no se presenta, después de recientes investigaciones, de la misma manera que antes se había admitido.

Vamos á tratar de describir el tipo medio del hotentote. Nos encontramos con un hombre de estatura menos que mediana, que oscila entre 145 y 160 centímetros por regla general, pero que en algunos individuos, especialmente en la tribu de los namaquias, es mucho mayor. En su exterior, lo que más llama la atención es el color amarillo-gris, que Barrow describe perfectamente cuando lo compara con el de una hoja seca, y que Pedro Kolb acertadamente define cuando le llama amarillo oscuro y castaño, mientras que á los conocedores de los javaneses les recuerda los matices que presenta la raza malaya. Lo que más caracteriza el color de los hotentotes es el tinte gris que en él aparece, siendo muchos los observadores que lo califican de carácter externo el más distintivo. Es, en efecto, tan marcado, que no cabe denominar á los hotentotes simplemente amarillos, sino que es más exacta la denominación de grises. Por lo demás, hay como raras variedades matices rojos que recuerdan los colores que tan á menudo se encuentran entre los indios. Las palmas de las manos y las plantas de los pies son de un color más claro que el resto del cuerpo; el de la membrana pipuitaria y el de los labios, etc., es agrisado y, lo propio que el de las mejillas, parece enrojecerse á consecuencia de mezcla con sangre europea. Como la piel del hotentote tiene menos materia colorante que la de los negros, por ejemplo, toda mezcla vuelve más rápidamente claro su color. «Con frecuencia, — dice G. Fritsch, — son de individuos que ostentan todavía las líneas características del rostro, al paso que el color de la piel, especialmente en las mujeres, es tan claro que cualquier europeo acostumbrado á la acción continuada del aire y del sol ó cualquier hijo de europeos nacido en África, presenta un tinte más oscuro que ellos: el matiz especial y no mal parecido que ostenta el rostro de una de estas mujeres puede perfectamente compararse con el de la mujer española.» El propio viajero nos ha hecho conocer otros caracteres de la piel que son distintivos de razas, y nos dice que ni es tan gruesa y dura como la de los negros ni despiden el olor penetrante que ésta. Dada la suciedad tan general entre los hotentotes, es difícil asegurar que la piel no despiden olor alguno, pero lo que sí puede afirmarse es que no se nota en ellos aquel hedor especial que caracteriza á los negros. La piel seca y marchitada de aquéllos tiene una tendencia á formar surcos y arrugas, tendencia que aparece ya en la juventud.

Los cabellos de los hotentotes son lanosos y afieltrados, pero la espiral que forma cada cabello es más apretada y por ende el pelo aparece más crespo que el de los negros. El afieltramiento es causa, muchas veces, de que se formen pequeños grupos á manera de nudos ó cadenillas, apareciendo entre unos y otros, espacios pelados: esto no deriva en

primer término de que las raíces capilares estén dispuestas en fascículos, sino del entrelazamiento de las partes de cabello contiguas. Entre los hotentotes vemos la tendencia de las raíces á formar grupos circulares, que Pruner Bey ha demostrado existir en la cabellera de otros etíopes, opinión que ha sido recientemente combatida por Topinard y otros. Los cabellos de los hotentotes son gruesos. Para resumir el carácter general notable de la cabellera de los hotentotes, merece consignarse la descripción de Barrow, que ha sido calificada de excelente por los conocedores de la materia: «El cabello crece en pequeños fascículos que, mientras se conservan cortos, tienen el aspecto y el tacto de cepillos de zapatos, con la diferencia de que están torcidos formando bolitas redondas del tamaño aproximado de un guisante. Cuando este cabello es lavado, desciende por la nuca en torcidos mechones, algo parecidos á ciertas especies de crustáceos franjeados» (véase el grabado de la pág. 13). Las demás partes del cuerpo están muy poco cubiertas de vello y éste, allí donde aparece, es también crespo. Sólo algunos mestizos tienen barbas pobladas. Con la edad el pelo encanece pero no cae.

El aspecto que, en conjunto, ofrece el cuerpo de los hotentotes se distingue especialmente por la pobreza de los músculos y por la delgadez de las articulaciones. Ya Barrow decía: «Sus articulaciones, sus manos y sus pies son excesivamente pequeños. No se ve prominencia alguna de los músculos que denote fortaleza, sino, por el contrario, un cuerpo de formas delicadas como el de una mujer. A pesar de esto, el del hotentote no tiene nada de bello, pues por regla general las proporciones son feas y las formas carecen de armonía. G. Fritsch atribuye al cuerpo de los hotentotes una inclinación á desarrollarse de un modo irregular y poco simétrico, «gracias á la cual el crecimiento á menudo aparece desfigurado y caricaturizado,» y encuentra á los cafres, por lo común, más normal y regularmente conformados. Una de las cosas más notables que ofrece el cuerpo de los hotentotes es la delgadez de la parte inferior del brazo y de la pierna, lo poco saliente de las caderas, y la ya mencionada pequeñez de los pies y de las manos. En ellos aparece rara vez el llamado talón espuela de los negros, pero en cambio son frecuentes los pies planos. Entre los varones es rara la gordura, por más que el cambio de alimenteros influya rápidamente en los contornos de su persona. La gordura de las nalgas y de las partes exteriores de las caderas y de los muslos, que hace de muchas hotentotas verdaderos monstruos, está limitada al sexo femenino: esta gordura y la prolongación de los pequeños labios vulvares, que es causa de que se forme el llamado delantal hotentote, son muy frecuentes entre las hotentotas, pero no son tan raras en otros pueblos africanos para que pueda considerarse como signo distintivo de raza el hecho de que aparezcan más pronunciadas en este grupo y en el de los afines bosquimanos.

El rasgo fundamental de la fisonomía de los hotentotes es la forma triangular, que Barrow describe con claridad suma diciendo: «Los pómulos son altos y salientes y forman con la barba puntiaguda un triángulo» (véase el grabado de la pág. 13). La frente es estrecha y se va afilando hacia arriba, formando también un triángulo; de suerte que toda la cara presenta una forma romboidal, cuyos ángulos agudos son la barba y el vértice del cráneo. La nariz es corta, achatada y á menudo completamente plana en su raíz y chata y arremangada en su punta, de suerte que las ventanas nasales miran hacia delante. Este achatamiento es tan marcado que algunos autores antiguos, como Kolb y otros, refieren que á los recién nacidos les rompen los hotentotes el hueso nasal con el dedo pulgar, por la razón de

que consideran poco decente una nariz como la de los europeos. La boca es ancha, los labios gruesos, bien que por regla general menos que los de los negros propiamente dichos; los dientes no son grandes y blancos como los de éstos, sino pequeños y simétricos. Si alguna vez es permitido comparar — dice G. Fritsch — los dientes con perlas sin que tal comparación pueda ser calificada de licencia poética, nunca con tanta razón podrá hacerse como tratándose de los hotentotes. Los ojos están muy separados uno de otro: por regla general no aparecen oblicuos, es decir con la abertura ocular inclinada hacia dentro; esta posición de los ojos es frecuente, pero la contraria no es rara tampoco.

Los caracteres más notables del esqueleto son los siguientes: el cráneo es largo (dolicocefalo) y de escasa altura, perteneciendo por lo mismo al número de los que Welker llama platystenocéfalos. El prognatismo (proeminencia de la mandíbula inferior) aparece muy pronunciado. La forma de la pelvis se parece mucho á la forma estrecha que tan frecuente es entre los negros. Las manos y los pies son sumamente delgados y de delicada configuración. Todos los huesos se distinguen por su estructura esbelta y poco abultada. La fuerza corporal de este pueblo es escasa: cuando Baines desembarcó en la bahía de la Ballena, vió que se necesitaban cuatro hotentotes para llevar un saco de harina que un solo marino llevaba fácilmente, y que tres de aquéllos apenas bastaban para hacer rodar un paquete de te que sin grandes esfuerzos movía un europeo. Los hotentotes son sumamente lentos en todos sus movimientos, y su fuerza de resistencia contra el clima del África tropical es la menor entre los pueblos africanos.

El frecuente contacto en que están los hotentotes con los europeos en una de las más antiguas colonias de África ha hecho de ellos uno de los pueblos africanos más discutidos, lo cual permitiría creer que desde hace mucho tiempo se ha formulado un juicio definitivo acerca de su espíritu y de su carácter; y sin embargo no es así. Este contacto, gracias al hecho de que los europeos para fundar esa colonia hubieron de apoderarse en primer lugar de terrenos de los hotentotes, ha sido tan funesto para éstos, que á los pocos años de estar en tratos con los europeos víéronse acorralados y empobrecidos cuando no reducidos al estado de esclavitud. Y como hotentotes puros sólo subsisten en la parte del Sud de África menos codiciada y conocida por los europeos, cual es la de las estepas del Sudoeste, puede de ello deducirse cuán difícil ha de ser aventurarse á formular un juicio que sólo puede estar basado esencialmente en las tribus degradadas y esclavizadas de la colonia. Una cosa ha de sentarse de antemano y es que el hotentote que constituye el término medio, comparado con otros indígenas, distínguese en el sentido más desfavorable por aquella escasa fuerza corporal que antes hemos mencionado, y con la cual corre parejas, como sucede comunmente, un carácter indolente y obtuso, tan distante del orgullo y del apasionamiento ciego de los cafres, como de la salvaje osadía del bosquimán. El hotentote vive bajo la maldición de la debilidad que excita más bien la compasión que el odio. ¿Qué es peor, éste ó aquélla? Gradualmente han ido decayendo tanto los hotentotes que aparecen despreciables á los mismos damaras, poco superiores á ellos, por cierto. Es altamente desdichoso lo que decía á Baines el caudillo damara Ukana, á saber: que los hotentotes, á fuerza de mendigar, no sabían ya lo que decían, y que ni siquiera pensaban lo que decían, sino que era en ellos una especie de enfermedad el tener que estar siempre mendigando. En presencia de este juicio, sólo resta decir que el rápido cambio que la

historia popular sufre especialmente en los territorios de los namaquias y de los damaras hace que hoy aparezca miserable un pueblo, mañana otro y así sucesivamente. Anderson y otros han formulado precisamente este mismo juicio respecto de los damaras. Los indígenas son siempre jueces de cortas miras y por ende duros é injustos cuando se trata de juzgar á sus iguales. Tal indolencia, casi proverbial entre los europeos, se explica fácilmente, sobre todo teniendo en cuenta que la vida primitiva de ese pueblo fué la vida ajena á todo cuidado y soñadora de los pueblos pastoriles: si los colonos quisieron llevarlos inmediatamente á ejercicios rápidos y constantes, no hay que culpar á aquellos solos del desencanto sufrido. Es sorprendente que los namaquias, comparados con sus vecinos los damaras, parezcan perezosos y tardíos en extremo. Algunos antiguos observadores alaban la nobleza, bondad y liberalidad de los hotentotes entre sí: Kolb dice que sólo tuvo noticia de un robo por ellos cometido. Hay abundantes testimonios de que como siervos son tan leales como el perro. El regimiento hotentote del gobierno del Cabo se distinguió por la docilidad y habilidad de los soldados que lo componían, de tal manera que un militar como el coronel Alexander extendió un certificado de la aptitud de sus tropas. Respecto de sus dotes intelectuales, hay que juzgarlas más favorablemente desde que tenemos á la vista memorias detalladas de misioneros, estudios sobre sus fábulas y otros. Es preciso ponerles en parangón no con los europeos, sino con sus iguales, siendo bajo este punto de vista de gran peso lo que dice Hugo Hahn hablando de los hotentotes occidentales: «De las tres naciones de este país, hereros, namaquias y bergdamaras (damaras montañoses), los segundos son indudablemente los más listos, por no decir los más inteligentes.» También Krönlein dice, hablando de los namaquias, que en los trabajos delicados son más hábiles que los hereros ó damaras, sus vecinos. Sin embargo, la historia desdichada de los hotentotes obliga á ahondar mucho para encontrar estas dotes que no se han manifestado nunca en el sentido de formar Estados, de agruparse y mantener su cohesión, como acontece entre los bantús; razón por la cual la triste suerte histórica de ese pueblo ha contribuido tanto á su menosprecio.

La historia de los hotentotes comienza para nosotros con la fundación de factorías fijas que en el Cabo establecieron los portugueses en 1652. Los hotentotes y los bosquimanos eran los habitantes de este país, si bien en un principio sólo oímos hablar de los primeros, mencionándose más tarde los «bosjesmanes.» Los hotentotes eran simplemente un pueblo pastoril, cuya única riqueza consistía en rebaños de bueyes y de ovejas: sin gran dificultad fueron empujados por los colonizadores, quienes se apoderaron de su territorio, que, como todos los que están sometidos al clima del Sud de África, sólo ofrecía en su mayor parte miserables pastos. Los colonos de ese país han sido siempre malos elementos, pues el Cabo, incluso en nuestros días, no constituye un objetivo codiciado y predilecto de la emigración. Estableciéronse allí, por ejemplo, soldados ingleses y neerlandeses licenciados, contribuyendo la situación especial de la colonia á que en ella se refugiaran marinos desertores en mayor número que colonos propiamente dichos. En una palabra, allí ha faltado durante mucho tiempo casi por completo el elemento de los kuákeros y de otros filántropos, viéndose los hotentotes entregados poco menos que indefensos al capricho de los rudos colonizadores. El gobierno del interior, que no brillaba por su fortaleza, podía prestarles escasa ayuda, y aun ésta en los casos que aquél quería, que eran por cierto bien pocos, dado el menosprecio increíble con que todo el mun-